

FÉLIX E. BIGOTTE, TEÓRICO LITERARIO
(REPORTE DE DOS TEXTOS PUBLICADOS EN 1864)

Francisco Javier Pérez
Universidad Católica Andrés Bello
frperez@ucab.edu.ve

EL TEÓRICO INADVERTIDO

Resulta incuestionable el desapego que la investigación literaria venezolana ha tenido por la actividad teórica. Temerosa o desdenosa hacia la producción de materiales que repiensen el sentido de la literatura del país desde los asideros que ella misma pueda ofrecerle, en la idea de que toda literatura produce su teoría (tanto implícita como explícita), ha preferido buscar explicaciones en los espacios de una teoría, si bien no exclusivista o excluyente, que se desarrolla sin el concurso evidente de lo que la literatura venezolana pudo hacer o hace. Rindiendo culto enfermizo a escuelas teóricas europeas y norteamericanas y a los nombres sacrosantos que las condujeron, nuestros estudios literarios han exhibido, hasta lo inaudito, su situación de colonialismo teórico. No me refiero, claro está, al haber universal de la teoría literaria, en ningún caso subordinada a sujeciones locales, sino a los trasvases automáticos e inexplicablemente exigidos por el llamado (muchas veces, mal llamado) "aparato crítico" de numerosas investigaciones. Como un camisón para dementes, se ha querido hacer coincidir, en especial valiéndose de la orfandad de investigadores inexpertos, el tino necesario de la investigación literaria y de la escritura de los informes que dan cuenta de sus resultados, con los falsos rigores de la industria académica, ocupada en plantillas y baremos paradigmáticos para la catalogación de las investigaciones.

Sanscritista apasionado, indólogo de convicción, comparatista amante de las lenguas del mundo y orientalista singular, la obra de Félix E. Bigotte (1833-1907) representa para la Venezuela del siglo XIX la culminación de todas estas tradiciones de estudio. Por otra parte, su singular biografía y su especial producción intelectual lo sitúan en el terreno más propicio para entender gran parte de lo que fue la historia política y social de su tiempo en la representación de un actor privilegiado. Evaluación y testimonio de una cronología humana e intelectual pautada por las escenografías grandilocuentes de la vida pública de una época de heroísmos desaforados, hasta las solitarias trincheras del estudio. Su producción conservará, quizá como gesto romántico del que se hace eco en más de una oportunidad, el carácter colosal y desequilibrado en el que entendemos su verdadero prodigio de científico de la lengua.

Todas estas condiciones se unifican en la figura de Bigotte. Su estirpe procrea y cultural, así como sus numerosas y variadísimas ocupaciones, delinean, además, la factura de su imagen y el carácter de su significación: descendiente de héroes independentistas y de científicos de la medicina, hombre de armas y de letras desde temprano, político de colores contrastantes, senador, polemista comprometido, periodista, impresor, editor, traductor, músico, compositor, violinista, escritor, novelista, prosista, poeta, gramático, crítico literario, historiador, orador, son algunas de las vertientes por donde quiso dar rumbo a sus vocaciones y a sus intereses subrayando siempre que actuaba, en contra de todo beneficio personal, por el patriótico engrandecimiento de la cultura nacional, al que se sentía llamado a contribuir con creces.

EL ECO DE LOS ESTADOS Y LA LITERATURA

La iniciación literaria e intelectual de Bigotte ocurre en los paisajes de la actividad periodística. Producto de un crecimiento personal que viene gestándose de tiempo atrás, especialmente de la mano de su vocación musical y gracias a los contactos culturales que logra concretar en su primera estadia europea con residencia en París (en donde estudiará música con Delphin Alard, Halevy y Reber, entre otros; y sánscrito con el afamado orientalista Émile Bournouf), las enormes páginas de *El Eco de los Estados*, periódico de su propiedad y en el que cumple labores como redactor, así lo van a testificar.¹

Esta publicación, que apareciendo tres veces por semana (los días martes, jueves y sábados), durante los meses de abril, mayo, junio y julio del año 1864, alcanzará cuarenta números.² El temario es variado, pero muy significativo. Se ocupa, en primer lugar, de cuestiones que atañen a la política del momento y a la maltrecha economía del país, exhibiendo

1 Ha tenido antes, sin embargo, una iniciación periodística muy temprana cuando edita, a los dieciséis años de edad, el periódico *El Edén*, en La Victoria, durante el año 1849.

2 Sería ésta la relación completa de los números publicados, todos durante 1864: N° 1: jueves 14 de abril; N° 2: sábado 16 de abril; N° 3: martes 19 de abril; N° 4: jueves 21 de abril; N° 5: sábado 23 de abril; N° 6: martes 26 de abril; N° 7: sábado 30 de abril; N° 8: martes 3 de mayo; N° 9: jueves 5 de mayo; N° 10: sábado 7 de mayo; N° 11: martes 10 de mayo; N° 12: jueves 12 de mayo; N° 13: sábado 14 de mayo (aniversario del primer mes de edición); N° 14: martes 17 de mayo; N° 15: jueves 19 de mayo; N° 16: sábado 21 de mayo; N° 17: martes 24 de mayo (no hubo edición el jueves 26, como correspondía); N° 18: sábado 28 de mayo; N° 19: martes 31 de mayo; N° 20: jueves 2 de junio; N° 21: jueves 4 de junio (hay errata en el día de publicación, que era en realidad «sábado»); N° 22: martes 7 de junio; N° 23: jueves 9 de junio; N° 24: sábado 11 de junio; N° 25: martes 14 de junio (aniversario del segundo mes de edición); N° 26: jueves 16 de junio; N° 27: sábado 18 de junio; N° 28: martes 21 de junio; N° 29: jueves 23 de junio; N° 30: sábado 25 de junio; N° 31: martes 28 de junio; N° 32: jueves 30 de junio; N° 33: sábado 2 de julio; N° 34: martes 5 de julio; N° 35: jueves 7 de julio (una errata lo hace aparecer como número 34); N° 36: sábado 9 de julio; N° 37: martes 12 de julio; N° 38: sábado 16 de julio; N° 39: martes 19 de julio; y N° 40: jueves 21 de julio. El ejemplar del periódico que se conserva, en perfecto estado, en la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia, en Caracas, no incluye el número uno. Además, el ejemplar viene precedido por un retrato del propietario y editor; y finaliza con una hoja suelta titulada: «El Eco de los Estados. Alcance», fechada, quizá por error, en 1854, en donde Bigotte ofrece la despedida de la publicación y su dedicación a otras labores. El texto, íntegramente, reza: "Cuando el 18 de julio próximo pasado, dejamos la pluma cansados de la tarea incómoda de escribir al público para ganar enemistades y odios, sabíamos que estaba lograda parte de nuestra empresa, que había empezado la armonía entre los partidos opuestos, y que el infiel mandatario de Aragua, caería necesariamente. Se nos acusó entonces de imprudentes que provocáramos á un poderoso armado de la autoridad; se nos acusó de insensatos que teniendo nuestras desmejoradas propiedades en Aragua, las exponíamos á sabiendas; y se nos acusó al mismo tiempo de cobardes porque no íbamos á escribir en los pueblos que aquel sátrapa mandaba. Empleamos todo género de armas, porque todas eran necesarias para abatir á un Sultán, que compadecemos hoy, pero que era ayer, tan poderoso que bien fueron indispensables, la seriedad del lenguaje. El ardor de la polémica, la lógica, la ironía para derribarlo. Hoy que cayó por mano de la Asamblea que juzgaba esclava suya, por la del Gobierno General que creía su cómplice, y por la voluntad unánime del pueblo, damos gracias al cielo que nos dio valor para acometer aquella empresa arriesgada, abriendo los ojos de la Nación sobre la conducta de un mal empleado./ Triunfar sobre el vencido, sería una cobardía indigna de nuestro carácter. Lo que nos toca hoy, es aconsejar á la Asamblea dignidad y prudencia, al pueblo moderación y tino, á fin de que aleccionados por la experiencia, no consagre con sus votos la avaricia, la ambición, ignorancia, cualidades que suelen

algunas páginas que a Bigotte le granjearán fama circunstancial. Los casos más sonados serán los de las tres “Epístolas” que le dirige al Mariscal Falcón, en su carácter de Presidente de la República, para destacar los desajustes de su mal gobierno y el incumplimiento de las metas que significaron la utopía de la Federación: el país, en la lectura de Bigotte, seguía estando bajo un ordenamiento centralista (Bigotte, 1864c, d y e).³

coronar con sus sufragios. Lo que nos toca es insistir en los principios sociales que nos llevaron al combate y que nos hicieron arrostrar las injurias de la malevolencia y el interés. Lo que mas nos importa es que afiancemos nuestras instituciones, purificándolas; y que las salvemos del naufragio que las amenaza, animando á la libertad de las elecciones y á la independencia de carácter que son la piedra fundamental de la República./ Reiríamos de buena gana, sí, recordando la interesada defensa que del Gobierno del General Alcántara hizo el diario de esta capital [*El Porvenir*] y los denuestos con que pretendió ofendernos, comparásemos una y otros, con la frialdad con que hoy le ve caer, y con las quejas que exhala contra su cliente por haber desoído sus consejos, los que le obstinaron en el mal y le perdieron./ Lo que debemos recomendar primero, amigos de Aragua y uno de sus mas amantes hijos, es la organización correspondiente del Estado y esencialmente la organización de sus rentas en completo desorden, para que haya base segura para los gastos indispensables de empleados y de fomento. Con lo que Estado tan rico, uno de los mas ricos y poblados de la Unión Venezolana, suministre y con lo que debe suministrar el Gobierno General, el progreso de Aragua no puede ser incierto. Dentro de poco tiempo sus laboriosos habitantes convertirán en un Edén delicioso tu tierra fecunda, y desde las Lajas hasta la Cabrera ondearán como bandera de paz la palma del café llena de jazmines y la espiga de la caña. Esas deben ser las glorias á que aspire el pueblo en que nacimos, porque darán mesa cómoda al pobre y abundancia sin fausto al hombre rico./ Para que no se turbe la paz en que deberemos vivir y el bienestar que le sigue, es preciso guardarnos de poner las armas en manos siniestras que la ambición dirija ó que dirija el poder y los malos instintos. Las armas deben velar cerca del hogar de los aragüeños para darles garantías, no para amenazarlos; para guardar su sueño no para interrumpirlo, ¿Por qué no hemos de convertir el valle delicioso de Aragua en aquella envidiada Mesenia, vasta cesta de frutas y de flores? No es un sueño de nuestra imaginación; basta vuestra voluntad para que se realice./ Nos parece que Aragua se levanta ya, modelo de los demás Estados, enseñándoles por su espíritu de moderación y de libertad en camino de nuestra regeneración política. No habrá en su seno ese odio del rico y del pobre indigno de los pechos honrados, sino que habrá la unión mas sincera entre sus hijos, sin ruín emulación ni desconfianzas que preparan las disensiones y la guerra. Hemos sido los primeros á predicar la unión de todos los partidos en uno solo, el respeto á la propiedad, la santidad de la vida del hombre, que no haya vencidos ni vencedores, y que no tengamos nombre que el de hijos de la patria: quien realice tan digno programa es digno de loa./ Este es el saludo de vuestro hijo, oh! Aragüeños, al comenzar una nueva época, de un hijo vuestro que viene en busca de recuerdos de su tierna infancia, cuando sus padres vivieron queridos y felices entre vosotros. Os traigo un corazón patriota; no os pido sino vuestro amor” (Bigotte, 1854). Nota: tanto en el texto citado como en los que se citarán seguidamente, se ha respetado la ortografía y las erratas originales.

3 González Guinán provee la lectura política de la publicación: “Llegaba el Mariscal Presidente á la capital en momentos en que ya no era un misterio la existencia de un grupo de liberales, militares y civiles, descontentos de la situación: grupo que reconocía como centro al General Manuel E. Bruzual y estaba dispuesto, más que á lanzarse al campo legal, lo cual habría sido honrado y republicano, á prender el incendio de la guerra civil. En inteligencia con ese grupo de descontentos, según creencia general, apareció en esos mismos días un periódico titulado *El Eco de los Estados*, redactado por el señor General Félix E. Bigotte, quien abrió la oposición con una serie de *Epístolas* dirigidas al Presidente, en las cuales increpaba á éste por sus frecuentes ausencias de la capital y agregaba: que diez meses después del triunfo de la revolución nada se había constituido, que todo estaba como en el antiguo caos, que los Estados no se habían organizado, que subsistían los vicios del centralismo, que la Hacienda pública estaba enmarañada, que nada se había hecho en el fomento del país y que era indispensable establecer una política de conciliación./ La mayor parte de las observaciones del

A pesar de la agudeza que estas materias suponían para el destino inmediato del país, la publicación no deja de definir su semblante literario y cultural. Escritores venezolanos y extranjeros, plumas afamadas junto a nuevas voces, compendiarán uno de los documentos más notables del momento venezolano en los albores de la segunda mitad del siglo XIX. Si son válidos algunos ejemplos, debe decirse que *El Eco de los Estados* se solidariza con plumas nacionales tan reconocidas como las de Juan Vicente González, Vicente Coronado y Manuel María Fernández, entre otros. Del primero, además de algunas cartas y petitorios de edición, publicará la célebre *Meseniana* a Andrés Avelino Pinto, en el número 38, correspondiente al 16 de julio de 1864. En esta línea de notables, algunos nombres de la escena internacional del primer romanticismo vienen a ofrecerse en traducciones, que sin temor podemos atribuir al propio Bigotte. Así, en las secciones "Folletín" y "Folletín de *El Eco de los Estados*", se publican, entrega tras entrega, las novelas: 1) *Sultanetta*, de Alejandro Dumas; 2) *El asno del señor Martín*, de Ch. Paul de Kock; y 3) *Fior D'Aliza*, de Alfonso de Lamartine. También, son motivo de atención algunos trabajos de ensayo y estudio como los siguientes: 1) "Los poetas y la poesía en la América Española", de Eliseo Reclus; y 2) "Literatura Patria. Consideraciones generales.- Poetas y escritores nacionales.- Su apostolado.- Necesidad del estudio.- Conclusión", de José A. Pérez. Éste último, de notable interés por la fecha temprana en que se aventura al recuento histórico sobre la literatura venezolana, se publicará a partir del número 23 y hasta el 39.

LOS DOS TEXTOS

Por lo que atañe al propio Bigotte, además de la escritura de muchos textos de temáticas no literarias y de tópicos sobre contingencias nacionales, en su mayoría no firmados, son dos los que en la arena literaria y cultural merecen atención más sostenida. Son sus títulos: "Literatura", publicado en el número 11, del 10 de mayo de 1864; y la reseña sobre el estudio "*William Shakespeare*, por Víctor Hugo", publicada, junto a la versión de un fragmento del original francés en traducción a cargo del propio Bigotte, en el número 12, correspondiente al 12 de mayo del mismo año.

LITERATURA Y MÚSICA

El primero de estos trabajos es un ensayo de estética sobre la naturaleza del arte musical en su intercambio con las otras artes, incluida la poesía. Esta pieza no sólo nos permite conocer los principios que animan el código estético de Bigotte, hijo de clasicismos y

aludido periódico estaban fundadas en la verdad y en la razón, porque en realidad el Mariscal Presidente, interpretando erradamente su elevada misión, había tomado ojeriza a Caracas, las prácticas del centralismo continuaban en pie y la Hacienda pública navegaba en un océano de dificultades. Por lo demás, se había adelantado bastante en el camino de la reconstrucción del país y los Estados se ocupaban en esos momentos de promulgar la Constitución sancionada por la Asamblea Constituyente, para luego proceder a practicar sus elecciones locales. Las mismas angustias del Tesoro público estaban próximas a desaparecer, porque había ya la seguridad del éxito del General Guzmán Blanco en la contratación del empréstito de Londres./ Ni la existencia del grupo reaccionario presidido por el General Bruzual, ni la propaganda de *El Eco de los Estados*, preocuparon al Mariscal Presidente. Les dejó plena libertad de acción (...)" (González Guinán, 1910: VIII,311-312)

romanticismos armónicamente emparentados, sino que se constituye en uno de los documentos más notables para establecer la pertinencia de los principios sobre poética vigentes en el panorama literario venezolano de mediados del siglo XIX. En otras palabras, aunque algunos de los planteamientos de Bigotte resuman vieja doctrina, los que atañen a la concepción sobre la "inspiración" romántica pregonan ya singular modernidad. Habría, aquí, que atreverse a decir que, sin ánimo de establecer comparaciones impertinentes, algo de lo que Bigotte plantea, a este respecto, se afilia a criterios que sostendrán algunas figuras de primer rango en la poética de su tiempo. Entre otras, como veremos, la del Edgar Allan Poe que firma su celeberrimo y encantador ensayo: "Filosofía de la composición" (1845), puesta teórica de su poema "El Cuervo" (1845), cuya introducción venezolana pueda datarse en los años finales del siglo.⁴

El ensayo de Bigotte parte del asentamiento del axioma estético en torno a la música: "*El fin de la música y su objeto es el amor de lo bello.*" Sin duda que esta frase dibujada hábilmente es la definición del arte mismo; quiero decir, lo que yo entiendo por el arte verdadero, el arte serio que cree en su dignidad y que es celoso en sostenerla" (Bigotte 1864a: 2). Sus primeros pasos van en la dirección cuestionadora de los excesos románticos legitimadores de la fantasía, el capricho y la improvisación. La primera de sus referencias es para Horacio, el teórico de la disciplina en arte: "La fantasía no es el arte, y lo es menos el capricho, y no querría yo revestir del glorioso nombre de artista, sino á los que como dice Horacio, «poseen un alma mas divina y un lenguaje capaz de expresar las grandes cosas»" (Bigotte, 1864a: 2).

Proclama, seguidamente, la primacía de la música sobre las demás artes en cuanto al carácter divino con el que la reviste. Produce, aquí, un comentario asociado a uno de los tópicos más recurridos en la historia de la poética y de la estética: la comparación entre las artes y su integración, de las que son marcadores históricos muy notables los planteamientos establecidos en las *Poéticas* de Aristóteles y de Horacio en la Antigüedad, y, para los tiempos modernos, en el *Laoconte o sobre las fronteras entre las artes* (1766), del pensador alemán G. E. Lessing:

Yo decía que esta palabra [divino] anuncia y define el arte mismo, porque si debiéramos separar en la asociación profunda que los une, las diversas expresiones de bello y sublime, la música parece reunirlos en un grado extraordinario; y yo no vacilaría en proclamar su preeminencia sobre sus divinas hermanas, la Escultura, la Arquitectura y la Pintura. Es que la música es al movimiento, y el movimiento es la vida. La pintura me presenta el exterior de los cuerpos; la escultura me los ofrece con la pureza de sus líneas y la suavidad de sus contornos; pero yo busco en vano el movimiento, no veo sino la actitud, la inmovilidad persiste y Prometeo indignado se va á arrebatarse al cielo el fuego que debe animar su mármol. (Bigotte, 1864a: 2)

⁴ Hemos encontrado una publicación de esta pieza teórica de Poe en el número 394 de *El Cojo Ilustrado* (Caracas), correspondiente al 15 de mayo de 1908.

Estos principios lo llevan a la reflexión teórica sobre la naturaleza del arte musical, siempre en situación comparativa. Resulta un procedimiento para caracterizar la música en la medida de sus hermanas artísticas, en donde la música se exhibe como arte suprema del movimiento, el sentimiento y la captación de la vida. La escritura romántica de Bigotte se carga, ahora, con resonancias poéticas que, en aparente contradicción, edifican el monumento de la armonía clásica (= proporción):

La música por su naturaleza es viva: ella se mueve, ella se agita, ella hiere el aire, ella lo llena con sus vibraciones sonoras, su movimiento se acelera ó se retarda. Ella viste las formas mas variadas, los aspectos mas veleidosos; siempre diferente en sí misma, ella canta, ella habla, ella suspira, ella llora, ella gime. Su voz estalla como el trueno, y después se apacigua, perdiéndose poco á poco como un eco á lo lejos. Tan pronto creeríamos oír la voz del aquilón resonando en las montañas, tan pronto nos parece el murmullo de la ola que besa las orillas y espira en ese beso. Por otra parte, ¿en qué consiste la belleza de todas las creaciones del arte...? ¿En la armonía...! armonía de líneas, armonía de colores, de proporciones, de sombras, de luces; armonía de conjunto con sus partes, y de las partes entre sí. Una estatua, un cuadro, son un concierto donde las mismas disonancias ayudan á las consonancias, donde de las oposiciones nace el acuerdo, y donde todo canta como al unísono en una infinita variedad de notas y de acentos. La poesía misma no está excluida de esta ley; los versos no son otra cosa que esculturas armoniosas. Así, pues, todo entra en la música que es la armonía por excelencia, y el mundo entero es un instrumento cuyas cuerdas misteriosas vibran bajo el dedo de las criaturas, y forman la grande, la inmensa, la universal sinfonía... (Bigotte, 1864a: 2)

El colofón de este jalón teórico de remarcadas formulaciones, en donde los versos resultan esculturas armónicas y el mundo un instrumento dentro de la sinfonía que es el universo, será uno de los conceptos en donde Bigotte quiere poner más cuidado: la misión del artista. Dotado de un don divino y de un fuego sagrado, el artista auténtico tiene que propiciar transformar ese don y ese fuego en goce fructífero y no estéril, realización final de la más permanente de las estéticas: "¡Felices los que, llenos de ese fuego sagrado, comprenden la misión del artista y no vierten en el goce estéril esa fuente de talento que Dios ha depositado en ellos". (Bigotte, 1864a: 2)

Como un paréntesis en estas ideas, retoma el asunto de la naturaleza de la música, invocando sus orígenes occidentales:

El arte ó la ciencia de las combinaciones melódicas y armoniosas llevadas hasta su mas alto grado de poder, es una intuición del infinito; y es por eso que en su origen se nos presenta revestida de un carácter casi religioso. Gui D'Arezzo,

benedictino de Ferrara, y que vivió en la primera mitad del siglo XI, unía sus cantos armoniosos á la enseñanza y al progreso de los pueblos; él inventó la manera de escribir la música sobre líneas horizontales, y encontró los nombres de las seis primeras notas en ese himno á San Juan Bautista:

UTqueant laxis
MIra gestorum
SOLve polluti

REsonari fibris
FAmuli tuorum,
LABii reatum.
(Bigotte, 1864a: 2)

En la línea comparativa que se ha trazado, insiste en ver al artista plástico y al poeta en similitud de tratamientos. Entiende la necesidad que tiene el creador de buscar en el arte mismo sus materiales, así como el poeta busca en el diccionario las palabras adecuadas. Estos señalamientos parecen aproximarse a una concepción idealista del arte en desventaja con las referencias del realismo. A su vez, sus recuerdos son para algunos enclaves sustantivos del idealismo clásico: Platón, Fidias, Cicerón, Rafael y Miguel Ángel:

El genio creador toma los materiales de sus obras como el poeta del diccionario las palabras con que forma su rima, busca á través [d]el espacio ese tipo superior de todas las cosas creadas, ese tipo, como dice Cicerón, que conduce el arte y la mano de Phydias, ese tipo que entreveía *Rafael* en su imaginación y que él llamaba su *ideal*, ese tipo de don [que] *Michel-Ángel* confesaba recibir la virtud de su genio: ántes que esos grandes hombres, Platón había dicho: «El artista que fija sus miradas sobre el Ser invariable, reproduce su idea y la virtud, no puede dejar de concebir una obra de una belleza perfecta». (Bigotte, 1864a: 2)

Todo este soporte idealista del artista no puede hacerlo perder el sentido de un arte que, si bien es soplo Divino, tiene raíces en la vida misma. Ellas le impiden transitar los espacios de la pura evasión. Bigotte, aquí, hace pública renuncia al credo del romanticismo ortodoxo que ordenaba sus procesos en torno a un arte guiado por la especulación fantástica y la creación azarosa y casual proveniente de la "inspiración" como deidad propulsora de la obra. Se trata de una de las discusiones más agudas que se impusieron los artistas y estetas de mediados del siglo XIX cuando el realismo literario y artístico hace su aparición. Frente a una posibilidad creadora de innato origen, producto de destinos mágicos o religiosos, el realismo coloca la creación por disciplina formal, en absoluto casualidad de elaboración, y por rigor conceptual de inspección del mundo y la vida, nunca visión ensoñadora y falaz poblada de mitologías desvinculadas de la existencia humana. En este cuadro de oposiciones, el principio rector de la hostilidad es representado por la aceptación o no de la inspiración. Para la ortodoxia romántica, todo es inspiración; mientras que para el romanticismo progresivo y para el realismo, la inspiración no existe. Si se nos pidiera que identificáramos una u otra tendencia con determinados autores, diríamos que Goethe y Poe serían los nombres escogidos. *Fausto*, como se sabe, es el semillero de la imaginación romántica demoníaca, monstruosa y fantasmal

y de todo virtuosismo malabar en cuanto a creación de las criaturas del Panteón mítico del primer romanticismo, hijo de la Edad Media y de Shakespeare. La narrativa y poesía de Poe, en cambio, son el resultado de nuevas comprensiones de la estética romántica. La más sustantiva pasa a entender el papel que en esa estética juega el terror psicológico, criatura realista en la escritura fantástica, de la que hasta el presente se alimenta el género. A diferencia de Goethe, Poe ordena sus ideas en el citado ensayo "Filosofía de la composición", arte poética de un romanticismo que descrea de la inspiración y que, para atacarlo, construye su propia parodia:

La mayoría de los escritores –en especial los poetas– prefieren que se crea que componen por medio de una especie de espléndido frenesí –una intuición extática–, y realmente se estremecen ante la idea de dejar que el público eche un vistazo entre bastidores a las elaboradas y vacilantes crudezas del pensamiento, a los verdaderos propósitos no aprehendidos hasta el último momento, a las innumerables vislumbres de ideas que no llegaron a la madurez de la plena visión, a las fantasías plenamente maduras que descartaron desesperados por inalcanzables, a las cautelosas selecciones y rechazos, a las dolorosas eliminaciones e interpolaciones, en una palabra, a las ruedas y piñones, las poleas de la tramoya, las escaleras de mano y las trampillas, las plumas de gallo, la pintura roja y los parches negros que en noventa y nueve de cada cien casos constituyen los accesorios del *histrío* literario. (Poe, 2001[1845]: 126-127)

Sin referirlas concretamente, Bigotte enmarca su pensamiento estético en la dirección de Poe desde el momento en que reniega de la inspiración y en que hace comprender que el artista debe vivir atento a la realidad, para poder embellecerla y transformarla en criatura sublime. La ironía motiva su primer cuestionamiento: "¡*La inspiración!*... ¿qué es la inspiración sino un soplo de la Divinidad que se apodera del alma y la transporta como en alas de una brisa cariñosa hasta el infinito?..." (Bigotte, 1864a: 2)

Sobre esta plataforma aproxima su crítica al arte producto de la inspiración, exclamando enumerativamente sobre los tópicos en que no debe hacer descansar sus olvidos. Como Horacio, Bigotte aconsejará al artista no emprender su obra hasta que tenga muy en cuenta: estar en medio de los negocios, de sus intereses y de su familia; no olvidar lo que lo rodea, lo que tiene y lo que es; no relegar al mundo; no hacer vagar su alma hacia lo desconocido. Proclamará, en definitiva, para poder alcanzar estas metas, la inexistencia de la sacrosanta inspiración:

¡Ah! mientras el artista esté en medio de los negocios, de sus intereses, de su familia, de sus amigos; mientras no olvide lo que le rodea, lo que tiene, lo que es; mientras no relegue el mundo lejos de sí a una distancia donde apenas le aparezca como una realidad dudosa; mientras no sienta vagar su alma en las esferas desconocidas, y abrasarse por rayos de no sé qué sol invisible pero ardiente, no debe emprender la obra: la inspiración no existe. (Bigotte, 1864a: 2)

El tema final del ensayo será, toda vez que se han exaltado suficientemente las delicias de un arte sublime como la música, capaz de entenderse en altas cotas de idealismo sin desvincularse de la vida misma, el materialismo que comienza a inundar a las sociedades del siglo XIX y sus consecuencias para las artes. El discurso bigotteano cobra, aquí, esa densidad denunciadora de la que hará alarde unos años después en las arenas movedizas de la política nacional. En este caso, el que nos habla es el artista y el músico observando los primeros indicadores de la decadencia de las artes tradicionales, en la medida en que frente a la pureza y sublimidad de las épocas clásicas, por las que tanto aboga, el presente sólo le muestra el deterioro de esos caracteres:

Admiremos el arte que se ha trazado por sí mismo un fin tan noble, tan grande, tan sublime; admiremos esa vocación del artista que lo hace superior á las preocupaciones tormentosos [sic] de la sociedad, superior á los mezquinos pensamientos de la vulgaridad; y superior en fin, á esa atmósfera llena de materialismo desenfrenado, en medio del cual nos agitamos. ¡Ay!... hemos llegado á ese progreso cuya aurora saludábamos después de tanto tiempo... y ese progreso es en efecto el *anonadamiento progresivo* de todo lo que hay de bueno, de noble, de generoso en el alma. Es la reclamación y la absorbencia del talento por la materia; no se comprende sino lo que se vé, lo que se *cuenta*; la música mas dulce hoy es el sonido del oro, la alta especulación de bolsa, y la mejor operación la que produce mil por ciento; y si alguna vez aún, se buscan los encantos de nuestro arte, es solo como un pasatiempo frívolo. Las notas se aceptan para descansar de los números, y aquello que exige el mas sublime esfuerzo del talento para comprenderlo, sentirlo y admirarlo, viene á ser el descanso y reposo de las inteligencias debilitadas en ávidos trabajos. Napoleón I decía un día al gran Maestro Cherubini: «*Faites-nous donc de la musique moins sérieuse.*» -Si, respondió el gran maestro, S.M. quisiera una música que no le impidiera pensar en sus negocios. (Bigotte, 1864a: 2)

Para este Bigotte teórico de la estética, el arte degenerado que critica lo es en la medida en que se comercializa, pretendiendo satisfacer gustos fáciles. Se impone, en consecuencia, la tarea de vigilar estas desviaciones que denigran al arte y que desmerecen las altísimas cumbres ya alcanzadas:

Nosotros debemos protestar, so pena de degenerar de nuestra vocación y de hacernos cómplices de esa decadencia lamentable que provoca el espíritu de los tiempos que alcanzamos: protestar, digo, y rendirle culto á nuestro arte cuya imagen nos atrae, nos cedece [sic], nos encanta, nos cautiva. ¡Ah! Yo sé muy bien que esto mismo lleva consigo su peligro, y es por amor á nuestra vocación, que en presencia de una obra maestra, aún la mas sensual, no debería conmovirse sino la parte superior del alma degenerada

frecuentemente en voluptuosidad. Yo sé que al lado del puerto están los escollos, y que el rayo es vecino de la elevada cumbre; yo sé que la debilidad yace bajo el brillo de las flores, y la sensación se oculta bajo el sentimiento. Yo sé todo eso; pero, ¿qué será lo que no tiene sus inconvenientes?... De qué bien será que no se abusa?... Basta ser vigilante y firme: vigilante en excluir la sensación, firme para retener el sentimiento. Sin duda que el arte provoca y desarrolla los instintos nobles y generosos que existen en las pasiones, y las pasiones en el hombre son el gran don de la naturaleza; pues es triste á la verdad, ver esas almas muertas que nada les hace palpar, que no se mueven, que no vibran y que son insensibles al bien como al mal. No, el alma del artista, susceptible á esas impresiones poéticas, debe separar lejos de sí las combinaciones financieras, si toda vez desea imitar con sus obras esas producciones que tanto nos agradan y que nos encantan. El pájaro canta sin inquietarse del porvenir, mientras que la abeja trabaja y recoge para el invierno; pero... la abeja no es una artista... ella es obrera... Así, pues, la abeja es buena... y también es bueno el ruiseñor. (Bigotte, 1864a: 2)

EL "SHAKESPEARE" DE VÍCTOR HUGO

El segundo texto de Bigotte de interés para la teoría literaria es, como queda dicho, la reseña sobre el estudio de Víctor Hugo sobre Shakespeare. Publicada en su periódico el 12 de mayo de 1864, da cuenta del recién aparecido libro⁵, obra del patriarca decimonónico de las letras francesas. Como es sabido, el ensayo de Hugo viene a entenderse como complementario de aquel manifiesto romántico que había escrito, en 1827, como prólogo a su obra teatral *Cromwell* y que supuso para el romanticismo francés la propuesta de una estética que tenía como sólido asidero la figura precursora del autor de *Ricardo III*.

El interés que esta obra despierta en Bigotte también es significativo por tratarse de uno de los textos teóricos en la vanguardia literaria de su tiempo. Claro que Hugo era desde décadas atrás autor trajinado por lectores y escritores en Venezuela⁶, pero no así la imagen del teórico anidada tras el narrador y poeta francés más célebre de su tiempo. Exhibir estas vinculaciones teóricas viene a reforzar en Bigotte su asimilación hacia los autores que insistentemente pensaron el romanticismo como corriente artística y como forma de entender la cultura y de reflexionar sobre ella. Está muy marcado en su idea que se trata de un acontecimiento recibir un nuevo libro de Víctor Hugo. Quizá, recibirlo en la Venezuela convulsionada en que vive, revista aún mayores méritos: "Un libro nuevo de Víctor Hugo, es siempre un acontecimiento". (Bigotte, 1864b: 1)

5 El libro de Víctor Hugo se publica ese mismo año.

6 Quizá la referencia más insistente siga siendo, sobre este particular, la que respecta a Andrés Bello, quien hace notable imitación de este autor en su poema "La oración por todos".

Llama la atención sobre el especial atractivo que posee este libro en donde un genio nos habla de otro: "Pero este tiene un interés enteramente especial: un genio explicado por otro genio, el gran poeta de la Inglaterra, teniendo por crítico al gran poeta de la Francia; el que hizo á *Hamlet* glorificado por el que hizo á *Ruy-Blas*; que cosa habrá mas atractiva!" (Bigotte, 1864b: 1). Ocurre esto en la ocasión del tercer centenario del nacimiento de Shakespeare, destacando Bigotte que Hugo ha levantado a su memoria un monumento estatuario con este libro: "En estos momentos en que la Inglaterra, y Francia se preparan á celebrar el tricentésimo aniversario del nacimiento de Shakespeare, y en que cada uno atañe su óbolo á la suscripción, él, Victor Hugo, da este libro. El poeta de *Otello* no tenia estatua; ahora ya tiene una". (Bigotte, 1864b: 1)

Para Bigotte, Hugo reúne en torno a Shakespeare todo el saber artístico y literario, en la idea de que Shakespeare no es un escritor, sino toda la escritura⁷:

No se comenta á Shakespeare, ese creador tan vasto y variado, sin tocar con el arte todo entero. Así no es solamente el teatro inglés lo que se ha estudiado aquí, es toda la creación humana; Homero, Esquilo, Lucrecio, Juvenal, Tácito, Dante, Rabelais (...) todos los genios figuran en este libro. No se ha omitido en él ni una grande obra, ni una gran cuestión. Es una profesión de fe literaria completa. (Bigotte, 1864b: 1)

Aquí, Bigotte señala la referencia al clásico teórico más afamado de Hugo, la pieza con la que reflexiona sobre la "estética de los contrarios" que postula "lo feo mil" como nuevo canon artístico. La cita al Prefacio del *Cromwell* es, para él mismo, una innegable profesión de fe, alimento germinal en el pensamiento del joven artista venezolano. Entender la nueva obra por la vieja es, además, un notable acierto crítico de Bigotte: "Recuerda la profunda conmoción que produjo en los ánimos el *Prefacio de Cromwell. William Shakespeare*, es el *Prefacio de Cromwell*, multiplicado por treinta y cinco años de trabajo, de meditaciones y de obras maestras." (Bigotte, 1864b: 1)

Retoma en esta reseña, el tema de la idea de un arte superficial y de distracción, extendida ya en su tiempo, que ha cuestionado en su artículo: "Literatura". La combate por contraste al subrayar que para Hugo el arte está enraizado con la sociedad y la cultura. Palpitan para Bigotte en este libro la vida toda y el futuro del siglo XIX:

No es solamente una profesión de fe literaria; para todos los que ven en el arte algo mas que un objeto⁸ de distracción y de divertimento, las cuestiones literarias tienen su origen en las cuestiones sociales. El autor aborda, pues, y trata largamente las relaciones de la literatura con la civilización y los deberes del pensamiento individual para con el trabajo colectivo. Filosofía, Política, Religión, toda la vida y todo el porvenir del

7 A comienzos del siglo XX, Romain Rolland diría de Berlioz que no era un músico, sino "la música misma".

8 *bjetoo*, en el original.

siglo XIX palpitan en ese libro generoso y franco cuyo verdadero título debiera ser, el mismo autor lo dice: *A propósito de Shakespeare*. (Bigotte, 1864b: 1)

Pone fin a esta reseña, anunciando, por una parte, que trabaja en la traducción íntegra de esta obra; y, por otra, que como anticipo de aquella ofrece, por los momentos, el fragmento titulado: "Cada uno repuesto en su lugar"⁹. He aquí, una muestra de la compleja faceta literaria de Bigotte y de su ocupación en estos trabajos de traducción: "En tanto que traducimos esta inmensa obra, ofrecemos á nuestros lectores, el fragmento siguiente para darles una idea de la nueva publicación del autor de los *Miserables*". (Bigotte, 1864b: 1)

VALORACIÓN DEL REPORTE

El Bigotte literato, hermano siamés del Bigotte músico, consolida la del Bigotte artista como la vocación más persistente de sus primeras décadas intelectuales. Los tiempos venideros le arrojarán a la contienda política, sucia y desgastante, que su patriotismo y sentido moral le exigen. Los tiempos terribles de *El libro de oro* han llegado para él.

Sin embargo, el paréntesis literario que suponen las páginas dedicadas en *El Eco de los Estados* a la reflexión sobre la estética, la música y la creación literaria harán de Bigotte, al mismo tiempo, un espíritu acorde con su momento y, subrayadamente, un adelantado. No sólo su interés por temas, textos y autores, sino la visión que de ellos despliega lo acercan a horas teóricas más modernas. Romántico, teoriza sobre el canon estético del sentimiento y de la pasión creadoras y valora sus aportes; clásico, teoriza sobre la falsedad de los criterios creadores apoyados en la inspiración.

El paso teórico de Bigotte, además, permite pensar en la necesidad de seguir indagando en los archivos escriturarios que representan las publicaciones periódicas del siglo XIX. Aún más, hace obligatoria la lectura teórica de la historia literaria venezolana y, también, la propuesta de una investigación sobre las rutas ensayadas por la teoría literaria venezolana, previo reconocimiento sobre su existencia disciplinaria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bigotte, F. E. (1854). *El Eco de los Estados. Alcance*. La Victoria: Imprenta de V. Espinal é Hijos. [Hoja suelta publicada el 24 de agosto de 1854].
- _____. (1864a, Mayo 10). Literatura. *El Eco de los Estados*. p. 2.
- _____. (1864b, Mayo 12). *William Shakespeare*, por Victor Hugo [Reseña]; Cada uno repuesto en su lugar [Traducción de un fragmento de *William Shakespeare*, de Víctor Hugo]. *El Eco de los Estados*. pp. 1-2.
- _____. (1864c, Mayo 3). Epístola 1ª. [Carta dirigida al General Juan Crisóstomo Falcón, Presidente de la República]. *El Eco de los Estados*. p. 2.

⁹ El fragmento de Hugo comienza en la página uno y culmina en la dos, abarcándola casi en su totalidad.

- _____. (1864d, Mayo 17). Epístola 2ª. [Carta dirigida al General Juan Crisóstomo Falcón, Presidente de la República]. *El Eco de los Estados*. pp. 1-2.
- _____. (1864e, Mayo 21). Epístola 3ª. [Carta dirigida al General Juan Crisóstomo Falcón, Presidente de la República]. *El Eco de los Estados*. p. 1.
- González Guinán, F. (1910). *Historia contemporánea de Venezuela*. Tomo VIII. Caracas: Tip. Empresa El Cojo.
- Pérez, F. J. (2002a). Vida e infortunio del desmesurado Félix E. Bigotte. *Revista Bigott*, 61, 4-15.
- _____. (2002b). Los estudios sobre el sánscrito en Venezuela. *Lingua Americana*, 11, 5-39.
- Poe, E. A. (1908 [1845]). Filosofía de la composición. *El Cojo Ilustrado*, 394, 286-289.
- _____. (2001 [1845]). La filosofía de la composición. En *Escritos sobre poesía y poética* (pp. 123-142). Madrid: Hiperión.